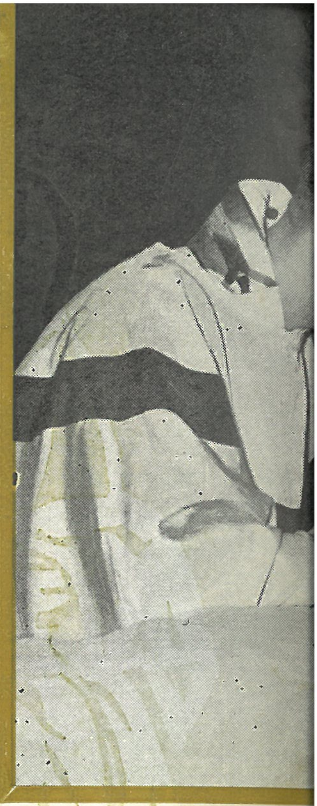
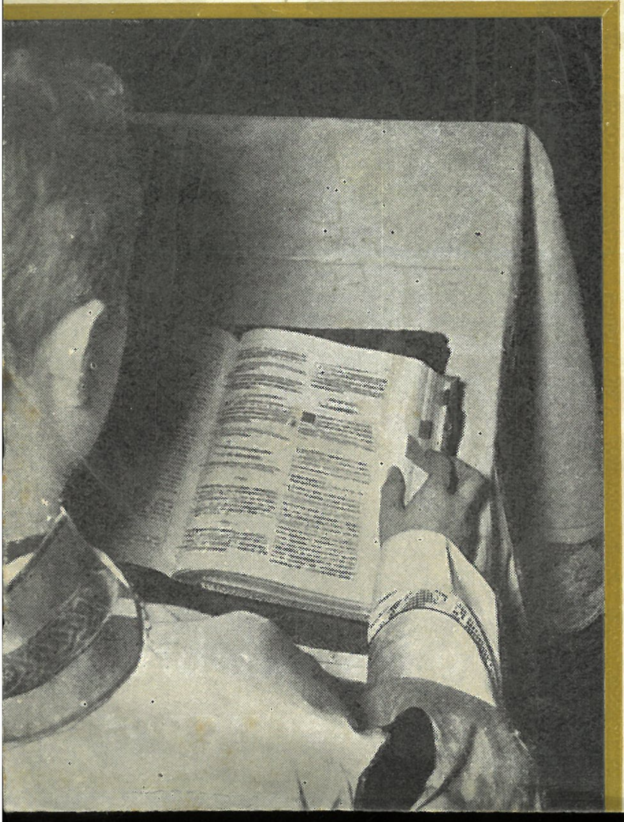
te necesito para
continuar salvando a los hombres
mis hermanos

He aquí el momento del día que justifica mi vida sacerdotal. Cualquiera puede organizar asociaciones, cualquiera puede enseñar el catecismo, cualquiera puede bautizar. Sí. Y un centenar de mis feligreses pueden aventajarme en rezar. La gracia de Dios es capaz de convertir pecadores, ganar herejes, y hacer santos sin mi ayuda. Pero para estos treinta tremendos minutos, que son eternos, Dios me necesita. Sólo yo puedo ofrecer el Santo Sacrificio de la Misa!

LEO TRESE



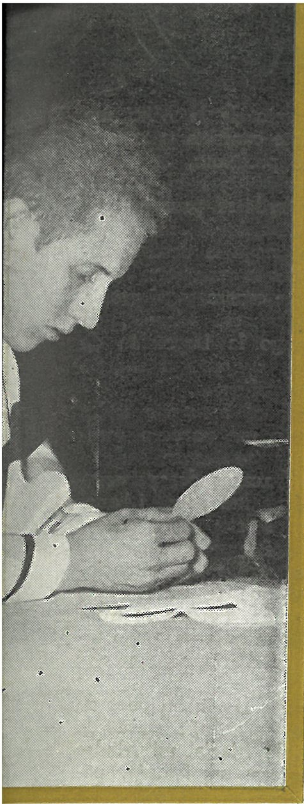


Hijo, no estás solo. Yo
tú eres Jesús.

Porque necesitaba de un
longada para continu
Redención, te escogí

Necesito tus manos para
Necesito tus labios para
Necesito tu cuerpo para
Necesito tu corazón para

Te necesito para continu
bres mis hermanos.



Sólo estaban presentes mi madre y mis hermanos. La primera misa, titubeante, temiendo equivocarme, lleno de emoción. Aquellas palabras y aquellos gestos largamente ensayados, pero que hoy «salían» transfigurados gracias a la misteriosa realidad inanulable. Hoy iba en serio. ¡Es tan sencillo decir: «Esto es mi cuerpo» y «Este es el cáliz de mi sangre»! Y allí, en aquella capilla, la presencia de todo lo divino y de todo lo humano: el Padre a quien todo se dirige, Jesucristo tan cercano, y el Espíritu que obra en todos su comunión de amor. Dios y hombres, pasado, presente y futuro, su amor y nuestros pecados, dolor y alegría, todo tenía allí su presencia.

J. Gomis

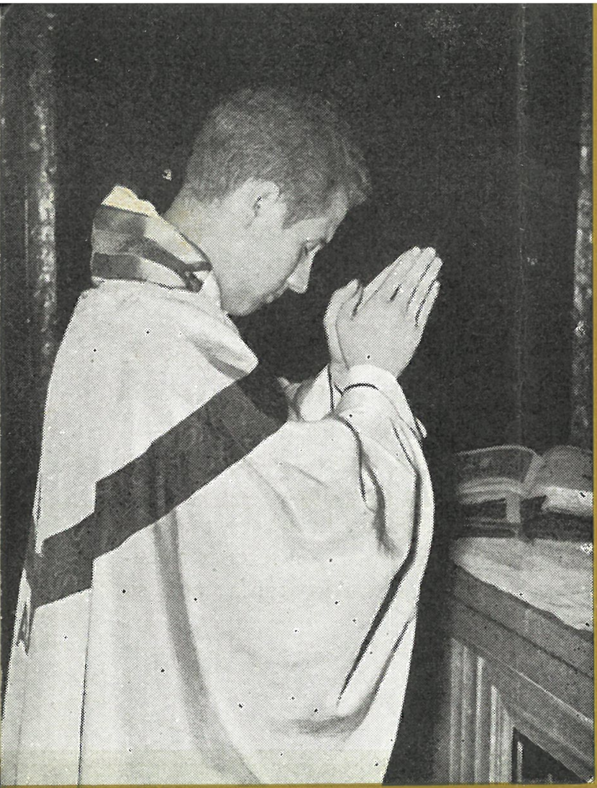
estoy contigo. También

a humanidad más pro-
ar Mi Encarnación y Mi
esde la eternidad.

continuar bendiciendo.
ontinuar hablando.
ontinuar sufriendo.
continuar amando.

ar salvando a los hom-

M. Quoist



El *memento* de la Misa me da fuerza, me conforta para todo el día. Me pregunto, al juntar las manos e inclinar la cabeza, si otros sacerdotes pasarán por momentos de tristeza; momentos en que me anega la desesperanza al conocer la magnitud de la labor que me espera y mi propia ineptitud; trances, además, en los que tengo la impresión de estar arando un campo sin fin con un mondadientes.

Al llegar al *memento* todas las angustias me parecen mezquinas, los entuertos se enderezan y los fracasos desaparecen.

¡Pero dura tan poco! ¡Aquellos segundos son tan cortos! Todo lo que puedo decir es: «Señor, por todas las intenciones de las que te he hablado en mi oración». Porque se trata de una lista muy larga, cuyo índice sufre a diario adiciones y cambios.

«Por todas las intenciones de tu Sagrado Corazón, a través de las manos de María, mi Madre —así empieza mi letanía, poniendo en sus manos todas las necesidades que me es posible recordar—; por mis padres... por mis feligreses, en especial por Antonio que estos días está flojeando... por los alejados... por los niños de mi parroquia...

»Por mí mismo, Señor, en acción de gracias por las que he recibido, en reparación de mis pecados, por la gracia de la perseverancia final...

»Por mis parientes y amigos y bienhechores; por todos los que me han sido encomendados...

»Por la Iglesia santa, por el Papa, por mi Prelado, por los párrocos que me guiaron y todos los que han contribuido a mi formación; por todos los sacerdotes y religiosos, especialmente los de mi Diócesis; por los misioneros...»

Sí, es una lista larga y llena de recovecos, de imágenes suscitadas por el mal hecho o por el bien dejado de hacer, personas en necesidad y almas acongojadas, responsabilidades evadidas y gracias malgastadas.

Et omnium circunstantium... al separarse mis manos, mi carga se ha vuelto más ligera y mis nervios se han tranquilizado.

LEO TRESE

"El pan y el vino de nuestra vida diaria y terrestre están pidiendo a gritos hombres que los transformen en comunión con Dios. Necesitamos, a nuestro lado, hermanos que nos presten este servicio. Los necesitamos los hombres, pero también los necesita Dios".

Diálogo y espera

BOLETIN

DE LA OBRA DE LAS VOCACIONES SACERDOTALES

Octubre de 1958

SUPLEMENTO DEL B. O. DEL OBISPADO

B A R C E L O N A

ALTÉS, S. L. - DEP. LEGAL B. 3023. - 1958